

tos. Era su retiro en una Tribuna que mira al Altar mayor de la Iglesia, en que está el Sagrario, y si uno de los mayores indicios de la devoción que tenia al Divinísimo Sacramento, era la fogosa inquietud con que les hurtaba á sus ocupaciones los instantes que podia, para correr á la Iglesia á adorarlo, y dexar allí ardiendo sus afectos, ¿quales serian los de su inflamado corazón en las muchas horas que en la Oitava se ponía patente? Gozaba de su divina presencia con la viva Fe con que adoraba la Magestad del amor en su trono, aunque disfrazada en el Sacramento. Allí se deshacía en lágrimas su alma, y en fervientes deseos de gozar de su vista en el Cielo, en donde es indisoluble el vínculo que lo habia de unir con su Amado, y mas sintiendo en ella una poderosa suavidad, ó inspiracion divina, que llamaba con alhago á la pureza de la vida, y lo hacia desear la última hora: con estas amorosas ansias esperaba vigilante de dia y de noche en la oracion, sin perder en ella las lágrimas de sus ojos, pues todas las cobraba su alma con mas graciosa y abundante lluvia, sin dar intermision á sus suspiros, aun en el tiempo que maceraba con mortificaciones y sangrientas disciplinas su debilitado cuerpo.

Con milagrosa providencia parece que solo pudo Fr. Antonio llenar los ocho dias de sus Exercicios, sin que cayese postrado en la cama, pues salió de ellos con tal quebranto de fuerzas, que siendo en la realidad una grave dolencia, la disimulaba como si fuera solo aparente, y receloso de su amor propio, disfrazaba en salud la humildad paliada de la paciencia; pero al tercero dia le asaltó tal indisposicion y escalofrio, que le temblaba todo

el cuerpo, y indicaba una fiebre maligna: era de noche y estaba previniendo las luces que habian de alumbrar en los Maytines; y aunque le persuadia un Religioso que se retirara á la Celda, todavía él sospechaba no fuera tan grave su dolencia, y avisado el Prelado, le mandó que se fuese á recoger, lo que hizo con el consuelo que tenia en la santa obediencia, pero persuadido segun se lo dixo á otro Religioso, de que aquel accidente le quitaria la vida: al siguiente dia fue necesario pasarlo á la Enfermeria, y luego que el Médico se impuso en la malicia y síntomas de la fiebre, declaró el inminente peligro, que exigia de pronto la administracion de los Santos Sacramentos.

Oyó el enfermo este fallo con tanto consuelo, como pudiera oír el de su total alivio, y al instante se dispuso para recibir los otros Santos Sacramentos, con el de la Penitencia, confesándose con el fervor, dolor y lágrimas que habitualmente lo hacia, quedando su alma con la Fe y Esperanza que en él tenia, con una suma paz interior, y serenidad de conciencia: esta se hizo visible, porque un Padre al verlo desahuciado, con el zelo inconsiderado de los que piensan que es necesaria la Confesion general de toda la vida en el artículo de la muerte, se llegó á la cabeera á persuadirle que la hiciera; pero con muy alegre modestia le respondió, que ya gracias á Dios estaba muy de antemano hecha, y en nada le remordia su conciencia. Al punto que se vió en la presencia de Jesuchristo Sacramento, superando su Fe y enardecido espíritu á la debilidad á que lo tenia reducido la llama y voracidad de la fiebre, se puso de rodillas sobre el mismo lecho; lo adoró, desahogando

el incendio de su abrasado pecho con ardientes afectos, y recibéndolo con dulcísimas lágrimas, que hicieron prorrumpir en devotas demostraciones á la Comunidad que estaba presente.

Recibidos los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, lleno su corazón de consuelo y sus ojos de lágrimas, con humildes y breves palabras pidió á toda la Comunidad, y á cada uno de los Religiosos que le perdonaran los malos exemplos que por su fragilidad les hubiera dado, ó en lo que pudiera haberlos ofendido. Eran sus palabras dictadas de una fraternal y verdadera caridad, con que los habia amado con los mas íntimos sentimientos de su humildad y afecto: y así fueron escuchadas de todos sus Hermanos con ternura, teniendo todos formado el justo concepto que sus naturales prendas, y exemplares virtudes le habian merecido: y pidiendo tambien el Santo Sacramento de la Extrema Uncion, y un pobre hábito para la sepultura, se aumentaba en todos la congoja, y se les hacia mas dolorosa la muerte que veían tan proxima, y con ella cortada su amable y edificativa compañía.

Llegaron los dolores, fatigas y molestias de la enfermedad al grado de penosísimas y mortales; pero los toleraba con igualdad de ánimo, y conformidad christiana, que le causaba espiritual complacencia; y preguntándole como se sentia, respondia: **«Bien se trabaja, ni un ápice, ni un punto hay de descanso; pero lindamente, y con alegría, pues se hace**

«la voluntad de Dios.» No era ponderacion la angustia que lo atormentaba con el ardor de la fiebre, pues le hacia extender los brazos buscando algun refrigerio, y pensando que se quemaba la ropa que sobre sí tenia, y no cediendo á medicamento alguno su voráz llama, consultaron los Médicos si sería oportuno disminuir sus fuerzas por medio de la sangria: Uno la persuadia, pero otro la reprobaba, diciendo que sería solo para cortar mas pronto el hilo de la vida; y preguntándole á Fr. Antonio á qué dictamen se inclinaba? dixo que al último, no por otro respeto sino por el de ser Señor Sacerdote el Médico, demostrando en esto la gran veneracion que siempre tuvo á tan sagrado carácter.

No se sangró, pero él veía que por instantes crecía la fiebre y peligro de acabar la vida, por lo que no cesaba en su laboriosa tarea, usando á las luces de la Fe de los hábitos de las virtudes con admirable tranquilidad y atencion á lo divino: Su continuo ejercicio era hacer actos de Fe, de Esperanza y de amor de Dios, de contricion de sus culpas, y de fervorosas invocaciones y jaculatorias á María Santísima, descando trabajar por alcanzar del Señor misericordia, como si hasta allí nada hubiera hecho: y queriendo acabar la vida con la resignacion y conformidad con la voluntad divina, y con todas las disposiciones que por tan dilatados años habia premeditado en los ejercicios de la muerte.

CAPÍTULO XXVIII.

Muerte de Fr. Antonio, su sepultura y magníficas Honras.

NO sin apoyos de la Anatomía, economía animal, y otros argumentos se discurre que todas las fiebres son síntomas significativos de algun afecto inflamatorio interno, y por este raciocinio se infiere bien lo que interiormente padecía Fr. Antonio de dolores, ardentias y convulsiones causadas de la inflamación ó esphaselo que explicaba tan ardiente y maligna fiebre: por lo que los Médicos lo juzgaron sin esperanza de remedio, y condescendieron con lo que él mismo había pedido, que era el Sacramento de la Extrema Uncion, el que recibió con devota reflexion y advertencia, que casi hicieron visibles sus sobrenaturales efectos en la alegría con que manifestaba estar su alma fortalecida, para acabar con generosa constancia en sus interiores batallas.

Había sufrido en el penoso estado de la cama, las dolorosas pruebas de indecibles tormentos en el cuerpo, y muchos mas en el espíritu: pues segun aseguró su Confesor, no había tenido antes ni un resquicio de luz, ni interior alivio, y con solo la luz de la Fe, lidió hasta la última pelea, para que se viese en gloria de Dios, la nobleza y valentia con que auxilió á la alma los Santos Sacramentos, y la gracia que en ellos nos dexó el Señor como invencibles armas: con ellas rebatía las violentas sugestiones con que los Demonios intentaron perturbar la serenidad de su conciencia, y representándole entre tenebrosas confusiones, la serie de su vida, solo les respondía: guardé mi

Regla, guardé mi Regla: se esforzaban á melancolizar su fantasia para debilitar su esperanza, y abatir su fortaleza: pero él decía, que pasaba sus congojas con alegría, pues se hacía en ellas la voluntad de Dios, y para gloria de su Magestad, le manifestó al Confesor que no había perdido el maligno entrar en aquella Celda por mas que lo había procurado, y que no pudiendo aterrarlo con las espantosas visiones que solía, al verlo tan angustiado con los ardores de la fiebre, le sugirió en la imaginativa que el único alivio era tomar el cuchillo del cubierto, y con disimulo metérselo en el pecho: pero lo auyentó invocando los Santos Nombres de Jesus y Maria, que eran el terror de su soberbia; y sonriéndose le refirió á su Padre espiritual su vergonzosa fuga, dando al Señor las gracias por la victoria.

Era ya la víspera del nacimiento del Precursor de Christo San Juan Bautista, y haciéndole el Confesor recuerdo de tan grande día, se llenó de júbilo hasta inmutársele el rostro, y deshacerse en expresiones de su santidad excelsa, é inocente penitencia, en cuya imitacion había llevado el sacrificio de cerdas, y sido siempre muy su devoto, pues consta de un papel de su letra, en que daba razón de su interior, y en que decía: «Tal vez me he ido al desierto con aquel noble Montañés, mi muy amado por muchas razones, y no es la menor el ser Sobrino de mi Señora, y que tanto lo quiso, quíerolo yo con ve-

«ras de mi corazon.» Ocurrió tambien esa noche una suave lluvia con que refrescó el viento, y este alivio le fue motivo para dar al Señor muchas gracias, expresando á un Religioso, «que esperaba el total refrigerio de su fiebre, bañándose aquella misma noche en el rio Jordan con el Bautista, que así lo esperaba de la tierna devocion que siempre le había tenido.»

Alentaban sus deseos las piadosas jaculatorias con que lo auxiliaban los Sacerdotes en sus agonias, las que le eran de tanto consuelo, y oía con tal acuerdo, que en cesando de decirlas, por no fatigarlo, suplicaba ya moribundo que las prosiguieran, no queriendo que por falta de este fuego se entibiase el interior de su pecho. Con las fogosas ansias que sentia, se incorporó en la cama, y escribiendo en la pared, luchó casi dos horas en sus mortales agonias, pero siempre con los ojos elevados al Cielo, esperando ver abierto su camino, y faltó ya de alientos, se postró de lado en el lecho, y fixando la vista en la Imagen de Christo crucificado, y despues en la de Maria Santísima, plácidamente espiró, sin las terríficas señales y espantosos extremos que suelen tener los moribundos, sino con la serenidad igual á la entereza, resignacion y religiosa piedad que mostró en su penosa dolencia, como efecto de lo que había practicado toda su vida. Acabó víctima del fuego febril y morbozo, atizado del espiritual, el día veinte y tres de Junio á las diez de la noche del año de mil setecientos y once, á los cincuenta y dos menos tres meses de su edad, y á los veinte y uno de Religioso.

Al resonar los lúgubres clamores de las campanas del Colegio, cor-

respondieron las de todos los Conventos, y se conmovieron los Prelados á demostrar su caritativa piedad, ofreciéndose á celebrar los funerales officios del Entierro; pero ya los había prevenido á todos la del M. R. P. Fr. Antonio Trexo, Provincial de esta Santa Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, quien dispuso, que en atencion á la solemnidad del día, y pocas horas del fallecimiento, se celebraran á las quatro de la tarde. Con esta providencia tuvo algun desahogo la piadosa aficcion que toda la Ciudad le tenia al Difunto, y con ansias ocurrían en numerosos concursos á ver el Cadaver que estaba depositado en la antescristia; á la hora citada fueron concurriendo las Comunidades Religiosas, que cada una cantaba el Responso, y todas juntas asistieron á las Exequias, en que fue Preste el M. R. P. Provincial, y se le dió al cuerpo sepultura en la tierra desnuda y comun Sepulcro de los Religiosos: pero así éstos como los Seculares, desde el mas rico hasta el mas pobre, desde el noble al plebeyo, manifestaban con ternura el dolor que sentían en su pérdida, siendo tan general el sentimiento, como lo fue la constante fama de santidad con que lo veneraban, y era nada equívoca la prueba de su estimacion devota, la multitud de gentes de todos estados y calidades que concurrió al Entierro, en las circunstancias del día.

Era costumbre en toda clase de personas, concurrir la tarde del día de San Juan atropadas por las orillas del rio, por las huertas y por las calles, atraídas de la amenidad, y de la diversion de músicas y carreras; pero en esta vez, olvidados unos de sus devaneos, otros de sus profanos

cortejos, y otros del juego, concurrían todos al Entierro, no siendo la Iglesia, los Claustros y el espacioso patio capaces de dar lugar á los innumerables que descaban ver de cerca el cadaver de un difunto que en su natural hermosura y viveza de sus colores parecía estar vivo, y que con gusto dexaba todas las cosas del mundo. Preciables eran en el Entierro las lágrimas de los Religiosos, pues les faltaba la amable compañía, y oficiosa caridad de un Hermano que se miraba él mismo como Esclavo de todos, quando todos veían en él un exemplar de virtudes, y un exemplo que les facilitaba el logro de su vocacion y de su estado: dignos de estimacion eran los tiernos sentimientos de los Nobles y Republicanos, pues se les ausentaba un perfecto desengaño, que abandonando la nobleza y las riquezas, les daba regla para no dexarse prender en los enredosos laberintos del mundo; pero de mas alto y doloroso aprecio eran las voces y lágrimas de los pobres, pues lloraban muerto al que con caridad verdadera y benignidad generosa socorria sus necesidades é indigencias, y con dulcísimas palabras, habia franqueado á muchos los bienes espirituales y remediado á sus almas, y así eran los gemidos de innumerables pobres, una música destemplada que solo daba armonia en los corazones, lamentando sus suspiros á su bienhechor, con la energia de los sentimientos que pudieran manifestar, si vieran enterrar á sus propios Padres. Solo era lenitivo de tan universal sentimiento la fama piadosa, y la experiencia que todos tenían de su religiosa vida, esperando que como habia sido ésta, sería tambien preciosa en la presencia de Dios su muerte.

No faltaron algunas conjeturas para esta piadosa creencia, pero no del peso que puedan dar sólido fundamento á la pluma para expresarlas; pero no debe omitir el que fue principio de la fama póstuma, que hasta hoy goza, el buen olor de sus virtudes. Observaron personas doctas y virtuosas, que habiendo padecido Fr. Antonio nueve dias continuos los crueles síntomas de una fiebre ardiente, maligna, coliquativa, en que el dolor intenso de cabeza, la sed grande y molestas vigiliias, desde los principios ponen á los enfermos delirantes, en ningún tiempo del dia ni de la noche se le notó delirio, y aun en medio de sus interiores fatigas, siempre lo hallaron en su entero juicio, y con la reflexion sería para todo lo que se le proponia, y con ella perseveró hasta el último instante de la vida: por lo que, considerando el voraz incendio en que se abrasaba, y los demas tormentos que la fiebre le inferia, creyeron á vista de su paciencia, resignacion y humildad, que el Señor le habia dado en esta vida el purgatorio para que saliera de ella purificado, y fuera á gozarlo en el Cielo: confirmaba esta piadosa persuacion, el ver el cadaver sin los horrores de difunto, ántes admiraban la apacibilidad de su rostro rosagante y hermoso, y el devoto anhelo con que todos solicitaban alguna de sus pobres alhajas y ropa, no como reliquia de algun Santo, sino como prenda de un Varon tan memorable, que con la inocencia de su vida, hizo venerable su memoria.

Deseaba el M. R. P. Provincial, movido de su buen afecto, y de la pia veneracion con que estimaba á Fr. Antonio, el que se publicaran en Querétaro sus virtudes; pues este fue el plantel en que florecieron, dan-

do con el buen olor de Christo, que fueron sus religiosos exemplos, eficaces desengaños para hollar las honras, y renunciar las riquezas, con todas las demas falacias del comun enemigo, del engañoso mundo, y del amor propio: á tan noble fin dispuso que se le hicieran unas solemnes Honras, favoreciendo tambien con ellas al Colegio, con que su santa Provincia las celebrara, queriendo ser él mismo el de la Misa, y otro condecorado y R. Padre el del Sermon: pero estos esplendidos designios se variaron en otro modo, porque acaeció que á ese mismo tiempo se hallaba no lejos de Querétaro el Illmó. y Rmó. Señor D. Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, Obispo de Puerto-Rico; y como á mas de ser Querétaro su Patria, era hijo del Colegio, y le tenia á Fr. Antonio aquella natural ternura, que es relativa entre los que han sido Connovicijs, circunstanciada con el aprecio que siempre hizo de sus virtudes, se ofreció para condecorar sus Honras, cantando la Misa y demas Oficios: ocurrió tambien el haber llegado al Colegio su Guardian el R. P. Fr. Angel Garcia Duque, que habia estado haciendo Mision en Valladolid, y que habia sido muchos años Confesor de Fr. Antonio; por lo que convinieron todos que él fuese el del Sermon, con cuyo acuerdo se determinaron las Honras para el dia veinte y dos de Julio, un mes despues de su fallecimiento.

Divulgada la noticia, se conmovió toda la Ciudad con tal exceso, que sin distincion de personas, el dia ántes de las Honras, por lograr lugar se introducian entrando con escalas á la clausura del compas ó cementerio, y ocuparon la Iglesia con tan apretado concurso, que los Sacerdotes que

decian Misa en las Capillas, no podian lograr paso, y les fue necesario entrar revestidos por la Portería: á la hora citada concurrieron el Venerable Clero, las Sagradas Comunidades, el Ilustre Cabildo, y toda la Nobleza, haciéndose casi imposible el darles su debido asiento: el Illmó. tomó el de su Dospel, y vestido de Pontifical, asistido del M. R. P. Provincial, y del R. Padre mas digno, se comenzó la Vigilia con mas festiva que lúgubre pompa, porque estando en esta ocasion dos Músicos muy diestros de la Catedral de Guadalupe, con suaves y delicadas voces, hacian que sus cantos figurados robaran las atenciones, y emblesaran los oyentes; pues si la música es una poesia muda que con suave melodía incita los afectos, cantando á favor de la lección primera, se conmovieron los corazones á tan natural ternura, que se explicaba con lágrimas. Pero toda la suspension que tenían las imaginaciones, y los ánimos como encantados, se interrumpió repentinamente por un estruendoso estrépito que puso á todos en confusion y peligro; porque sin saberse el origen, se oían dentro de la Iglesia espantosas voces, que decian que el Coro que estaba lleno de gente se caía desplomado, y así era por arriba y por abaxo universal el estruendo. No era menor el que habia en el cementerio, que no cabiendo en él la gente, estaba toda alborotada oyendo decir, que venia sobre ella un feroz toro: de suerte, que los que estaban en la Iglesia dexaron los asientos huyendo de una ruina, y los de afuera querian entrar para salvar del toro sus vidas; y era tal el alboroto de carreras y gritos, que estropeándose unos á otros, formaron un confuso tumulto, en que todos andaban azorados sin consejo:

pero fue de admirar de personas juiciosas, que habiéndose atropellado y pisado tantos, ninguno saliera lastimado, y reconocían una alta Providencia, en que en mas de media hora que duró el desorden, pues no hubo medio alguno para sosegarlo, no hubiera sucedido desastre ú otro daño alguno, y que por sí solo, se hubiera serenado con tal frescura, como si nada hubiera sucedido.

Luego que el Señor Obispo vió tan inopinado suceso, se retiró á la Sacristia, suspendiendo los Oficios, y logrado ya el sosiego, mandó que se comenzara la Misa, que se celebró con toda solemnidad, y concluida se dixo el Sermon, en que se esmeró el Orador en publicar con voces y con lágrimas las virtudes de Fr. Antonio, correspondiendo el auditorio con iguales afectos, pues le constaba de experiencia ser verdad quanto iba oyendo, y solo le causaba novedad el oírlo junto: y como era grande la multitud y fuga del concurso, no podia dar mas ilustre testimonio de la fama póstuma con que veneraba la memoria de sus religiosas virtudes, que andando en las lenguas y en los corazones de todos un mismo elogio, que lo publicaba Santo, sin que este zozobrase en la vulgaridad, en la malicia, ni en la impiedad de alguno, por ser de todos conocidas las distinguidas qualidades del Sugeto.

Sobre este fundamento se discurió desde aquel dia, que el escandaloso alboroto que en sus Honras había sucedido, fue trazado por el Demonio, temiendo que si brillaran las virtudes con que tantas veces lo había vencido Fr. Antonio, podia su exemplo sacar de su tirano dominio á muchos del auditorio que tenia esclavizados, y para impedir tan santas resultas, fra-

guó la fantástica revolucion que no pudo lograr su malicia; pues efectivamente muchos mejoraron sus vidas: discurso que tambien hizo el mas fundado intérprete que se podia consultar en el caso, el V. P. Fr. Antonio Margil, que informado de él dice en una Carta: «Gracias al Señor que envió al santo Obispo, y dispuso que el mundo honrase al que por su amor lo despreció y acozó. En medio de tanta gravedad y devocion, nos hizo reir el entremes del Coro ó Toro, para torearne unos á otros; pero no salió con la suya el Demonio.» Así fue, pues á pesar de su soberbia, no pudo impedir con sus enredos el que todos glorificaran á Dios en su Siervo, ponderando las virtudes con que su divina gracia lo habia condecorado con honoríficos elogios.

Habia sido la sepultura de Fr. Antonio en la desnuda tierra y sepulcro común de los Religiosos, lo que le hizo considerar al R. P. Guardian, que habiendo pasado ya diez meses, estaria el cuerpo en estado en que era necesario evitar que los huesos se confundiesen con los otros de los que allí estaban enterrados: y como la estimacion con que, como Padre espiritual del difunto, los veneraba, se apoyaba no solo en su propio concepto, sino tambien en la fama comun de Querétaro, suplicó á la muy Ilustre y Verable Sedevacante de la Metropolitana de México, se dignase de darle licencia para trasladar los huesos, con las protestas necesarias de hacerlo á puerta cerrada, sin convite, Misa, Sermon, ni luces encendidas, ni mas obsequio que el permitido á una fe piadosa, puramente humana. El Illmo. Señor Dean y Cabildo decretó, y benignamente concedió que se executase todo como se pedia, con la calidad y circunstan-

cias prudentes que el Postulante previno. En virtud del Auto se executó la exhumacion del cuerpo, que se halló totalmente seco, con la piel pegada á los huesos, pero no desfigurada del todo la fisonomia del rostro, que no dexaba dudar ser de Fr. Antonio. Admiraron todos los concurrentes que ni el cadaver tuviese mal olor, ni aun el propio de la sepultura, ni que tampoco se hallasen gusanos, ni vestigios de alguna corrupcion fastidiosa; y vestido de otra mortaja, por estar la que tenia consumida de la polilla, se puso en una arca cerrada con dos llaves, y esta en un sepulcro de calicanto labrado en el plano de la Capilla de Belen que está baxo del Coro.

A los quince años despues, pasó por esta Ciudad el Señor Doctor Don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Capellan de honor y Predicador de S. M. Tesorero y Chantre de la Catedral de México, y despues Obispo de Yucatán, y como amartelado amigo de Fr. Antonio, deseoso de registrar las memorias de la muerte en su sepulcro, le insinuó al P. Guardian que apreciaria ver sus cenizas: y debiendo condescender como á mandato de tan Ilustre Señor, se abrió la arca y se halló el cadaver con los huesos ya limpios del cutis, y puestos en sus lugares propios, aunque sueltos de sus ligamentos: volviöse á notar que no se percibian los hábitos molestos que exhalan las sepulturas, y mas esta que tenia trasminadas las paredes por la grande humedad del sitio. Por este motivo arbitró el Señor Castorena, que se hiciese otra arca de cedro aforrada por dentro de plomo, y que limpios los huesos se pusieran en saquillos de lienzo, para preservarlos de la humedad, que podia con el tiempo

consumirlos y borrar la memoria de Varon tan exemplar. Todo se executó con puntualidad, y sin la menor demostracion ó aparato de culto, en cumplimiento de los Decretos Apostólicos, quedando reservados ochenta y dos huesos en una arca quadrada, y cerrada con dos llaves, que en el dia está depositada en la pechina del Presbiterio, que corresponde sobre la puerta de la bóveda en que se enterran los Religiosos, y distinguida con una lápida tambien quadrada.

Puede ser que alguna devocion ménos instruida, despues de leer una vida tan austera, religiosa y contemplativa, eche ménos una dilatada relacion de milagros y pottentos, pues por ellos suelen canonizarse por grandes los Santos. Pero baste saber, que segun las incomprendensibles disposiciones del Altísimo, unos Santos los elige para solo su Iglesia Triunfante, y á otros los destina para ornamento de la Militante; y como esta para exponerlos al público culto, y canonizarlos sus Santos, les hace jurídicas, prolixas y repetidas pruebas de sus heroicas virtudes, ántes que las de sus milagros, y de ningun modo aprobaria estos sin preceder relevantes pruebas de aquellas; por eso para proponer al exemplo de los Christianos las vidas de los Varones Apostólicos, no se ha de atender á la admiracion que les pueden causar sus prodigios y milagros, sino al fruto que de ellas pueden sacar imitando sus virtudes.

El que mas á fondo supo y conoció las de Fr. Antonio, fue su Prelado, Confesor y Maestro el V. P. Fr. Antonio Margil, y dando noticia de ellas despues de su muerte, no expresa milagros, pero sí dice su ilustrado magisterio: «Lo principal del Hermano Fr. Antonio era su Fe y Reyno de

» Dios, que poseía interiormente, y así toda su gloria la tenía por de dentro. » Por eso hablando de los favores espirituales con que el Señor le favorecía, solo expresa que fueron muchos, sin particularizar alguno; acaso para conformarse con la profunda genial modestia y humildad de su Discípulo, que aborreciendo la vana gloria y estimación mundana, ponía mas estudio en ocultar sus virtudes y espirituales consuelos, que el mayor hipócrita puede discurrir, para que no se descubran sus pecados.

Ni faltaron aun despues de su muerte quienes afirmaran cosas prodigiosas que comprobaban la particular providencia con que el Señor le favorecía, y tambien algunos sucesos que han parecido milagros; pero se debe aguardar tiempo mas oportuno,

esperando que si son obra de Dios, su Magestad les dará la calificación conveniente á su mayor gloria, y se podrán lograr los testimonios auténticos que hasta ahora se desean; pero en todo caso esmérese la devoción en considerar que quanto el Siervo de Dios hizo, obró y se mortificó, lo puede hacer el que como él se disponga á recibir del Señor la misma gracia, y será imitándolo en negarse á sí mismo, venciendo las pasiones, mortificando los apetitos, despreciando las cosas terrenas, y aspirando á las celestiales, y leyendo con estos fines su vida, hallará sin duda muy dignos frutos de penitencia, sin que le haga falta el no leer muchos milagros, para tener al Señor propicio en todas sus espirituales dolencias, y conservar la verdadera vida, que es su gracia.

CAPÍTULO XXIX.

Vida y Virtudes del Hermano Fr. Bartolomé de Jesus y Torres.

FR. Bartolomé de Jesus fue natural de la antigua Ciudad de Baza, del Obispado de Guadix en el Reyno de Granada; pero es negado á la curiosidad el saber como fue á dar al Convento de nuestra Señora de la Oliva, distante ocho leguas de Madrid, y de la Provincia de Castilla, en el que el V. P. Fr. Antonio Linazera Prelado, por haberle dado el hábito para la erección del Colegio. Era entonces Fr. Bartolomé de veinte y seis años de edad, y debió el V. Padre conocer, no obstante el brío que en sí tiene edad tan florida, el fondo de una vocación verdadera, quando por su dirección tomó el santo hábito en el humilde estado de Lego: en él seguía los pasos y documentos de un

Maestro tan diestro, que enseñaba mas con las obras que con las palabras, y de un Prelado en quien admiraban los Súditos una humildad profunda, abstinencia continua, mortificación rigurosa, oración fervorosa, y encendido zelo de la honra de Dios, y bien de las almas.

Hizo Fr. Bartolo su Noviciado con fervoroso espíritu y ventajosos pasos en el camino de las virtudes, y se vió que desnudo del hombre viejo, lo vistió el Señor como al primer hombre en el Paraíso de hojas de higuera, en que por groseras y ásperas se alegorizaban la penitencia y mortificación, y de un árbol, que aunque carece de flores, dá duplicados los frutos: pues desde luego comenzó á

sujetar sus pasiones y apetitos, y á mortificar el amor propio, para sujetarse al yugo de la Regla Seráfica, y profesar en ella la humildad, abstinencia y oración continua, que debían ser los primeros frutos de su alma, y que la dispusieran para dar á su tiempo sazonados los del zelo de la honra de Dios con buenos exemplos, y del bien espiritual de las almas con santos ejercicios.

Perseveraba Fr. Bartolomé en aquel Santuario y Apostólico Colegio con mucho consuelo de su espíritu; pero como la Providencia le había llevado á él para conducirlo á otros destinos, el año de noventa y dos coleaba en España el V. P. Fr. Pedro Sitjar, Mision de Religiosos que el Rey le concedió pudiera conducir para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, y llamado interiormente á el ministerio, pidió ser admitido en aquel número, lo que facilmente consiguió, dirigiendo el Señor sus pasos al logro de tan santos fines. Luego que llegó al Colegio, se vió ser muy conforme á las Constituciones de su Instituto, porque era muy devoto, de vida aprobada, y apto para todos los ejercicios de su estado; pero distinguiéndose en la edificación y modestia entre los demas, y mas en el buen exemplo de los Seculares, á poco tiempo lo dedicaron los Prelados al laborioso oficio de Limosnero del campo, en cuyos afanes y singulares progresos con que zelaba la salvación de sus próximos, explicó el Señor el destino á que lo había llamado.

No eran las tareas de su queta ó mendicidad proporcionadas á que trabajando por el dia, pudiera tener á su tiempo su moderado alimento, y abrigarse á la noche al descanso

de la Celda; sino un molestísimo giro en que retirándose del Colegio muchas leguas, iba recogiendo el trigo, el maiz, y demas necesarios para el abasto de una Comunidad crecida, haciendo la limosna en distintas y muy distantes Haciendas, Ranchos y Lugares de diversas Jurisdicciones: pero no era este solo el fruto de su trabajo, sino otros mas nobles y preciosos que se lo hacían tolerable y gustoso, porque no llegaba á parte alguna en donde no excitase la piedad mas remisa, ya con la serenidad de su ánimo, que indicaba la alegría de su rostro, aunque fuese muy fatigado, y en medio de los mayores contratiempos en su carrera: ya con las agradables saluciones con que aportaba á las casas, y con que se introducía alabando á Dios, y hablando de su infinita santidad, con lo que se iba insinuando para que lo oyeran con afecto, y atendieran á las pláticas que introducía, como muy importantes á la salvación de sus almas, adornadas de razones y exemplos para moverlos á que rezaran con él la Doctrina Christiana, y el Rosario de Maria Santísima, ú otras devociones.

Con suma discreción se acomodaba á las calidades de las personas, y según ellas tomaba la materia de su instrucción; pero era la mas ordinaria persuadir la necesidad y la eficacia de una confesión buena, explicando brevemente sus necesarias circunstancias: de suerte, que como sus palabras eran sencillas, claras y afectuosas, eran tambien encendidos dardos que penetraban y acoloraban los corazones, ya para enmendar la vida y apartarse de ocasiones proximas; ya para componer discordias, y unir los mal casados; ya para consolar tristes, y enfermos; ya para infundir en

todos el santo temor de Dios, y que se reconciliaran con su Magestad por la verdadera y sacramental penitencia: para facilitarles á todos los medios de alcanzar la divina gracia, y de perseverar en ella, les proponia muy patéticas, tiernas y eficaces meditaciones de la sacrosanta Pasión de nuestro amorosísimo Redentor Jesu-christo, y les enseñaba el modo de reverenciarla en los pasos ó Estaciones de la Via-Sacra: para este fin iba siempre cargado de cruces, y en las Haciendas, casas y otros muchos lugares la ponía, convidando á todos para que le acompañaran á rezarlas, y encar-gando con las mas vivas persuasiones no dexaran de continuar una devocion tan santa, y de tanto bien para sus almas. Exhortaba tambien con muchos exemplos y afectos á la devocion de la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza de las almas, Maria SS. nuestra Señora, y rezaba con las familias la Corona, y les imponia á saludarla siempre, diciendo: Ave Maria Santisima. Tambien llevaba libritos, devocionarios y novenas, que él mismo rezaba con los de los Pueblos y Haciendas, ó para alcanzar del Señor por la intercesion de los Santos, el remedio de las necesidades en que los veía afligidos, ó para socorrer á las Almas del Purgatorio, en que solia verlos muy olvidados.

Muy extraño fuera el que tantos bienes espirituales como resultaban en muchas almas, del zelo y caridad de Fr. Bartolo, las toleraba el comun enemigo de ellas, sin levantar una de sus acostumbradas astucias para impedirlos: y que con rabiosa envidia no sugiriese en muchos sus falacias, para desacreditar su buena fama, y hacer que se le pudiese en la boca la mordaza de la vergüenza, y

que no le hiciera tanta guerra con sus simples y legas exhortaciones. Para estos depravados fines le inspiró á un genio discolo; pero disfrazado con apariencias de zeloso y bien instruido; el que lo denunciara á un Señor Juez Eclesiástico, ponderándole como sospechosas ó abusivas las pláticas familiares que aquel Lego Limosnero les hacia á las gentes rudas, y las devociones que rezaba acompañado de las familias de los Pueblos y de las Haciendas.

Fue felicidad que el dicho Señor Juez era igualmente docto, zeloso y arreglado, por lo que, sin despreciar la denuncia, quiso oír al acusado, y mandó que le llamaran á su presencia á Fr. Bartolo: luego que se le intimó el mandato, compareció sin repugnancia alguna, y se puso en su presencia: y como el semblante es el sobrescrito de la interior inocencia, y intenciones de la alma: al punto que el Juez vió la modestia de su porte, la humildad de su persona, el rendimiento de su obediencia, quedó admirado de su religiosidad, y juzgando temerarias las acusaciones, juzgó tambien que no debía mortificar con cargos infundados la humildad de aquel pobre Religioso, y sin hacerle alguno, le dixo: Padre, vayáse muy en hora buena, y haga lo que Dios le inspire: con lo que quedó él muy consolado, y confirmado en sus santos ejercicios; pues quando la humildad es verdadera, aunque todo el Infierno conspire contra ella, ella misma es su mayor defenza: pero todavia fue mas clara, quando reflexando el Juez Eclesiástico que podia haber faltado á la obligacion de su oficio, en no haberle hecho cargo sobre las Doctrinas que explicaba, siendo puramente Lego, y no habiendo tenido estudios; y para

mejor proceder, quiso satisfacerse de plano, y dispuso el ocultarse en un lugar para oír lo que en sus pláticas decia Fr. Bartolo, y si acaso se propasaba de los límites de una exhortacion christiana: ocultóse pues, y con especial cuidado estuvo oyendo quanto decia, hasta en el modo y palabras; pero admirado de como Dios habla por las bocas de los párvulos, y que el mundo llama estultos, ponderaba la sencillez de sus consejos, la caridad con que los daba, y el buen efecto que tenia, y así recomendaba mucho la virtud de aquel pobre Lego, y le quedó muy afecto, mirándolo con devocion y respeto.

Confundido, pero no escarmentado, quedó el Demonio en el pasado lance, por no haber salido conforme á sus designios, que nunca los logra, si los Jueces son justos y moderados; por eso acalorando en otra ocasion el ánimo de un Señor Cura, con llamas de amargo zelo, hizo llamar á Fr. Bartolo, y sin otro cargo ni preparacion, soltó el raudal de su ira luego que lo vió, y con la mas rígida aspereza y términos muy impropios le riñó, y afeó sus pláticas y devociones; pero el humilde Lego lo oyó sin alteracion alguna, y con el mas reverente modo le dixo: que la caridad lo compelia á avisarle que se dispusiera para su muerte, que estaba muy cercana. Esta importante advertencia, que podia ser aviso del Cielo, fue un golpe que hirió al Señor Cura en lo mas vivo, y exasperado de su cólera, lo trató con mucha mas dureza; pero fue de admirar que ántes de retirarse de su presencia Fr. Bartolo, se sintió el Señor Cura herido de un accidente tan violento, que en poco tiempo lo puso en el sepulcro.

No fue este suceso tan oculto

que pudiera dexar de vulgarizarse, y combinándolo con otros, se confirmaban muchos en el concepto de que eran profecias, y se referian muchos casos que se calificaban del todo prodigiosos: uno fue, que caminando por cerca de la Hacienda de Tamayo, se encontró con un Labrador que habia dexado en la hera de su casa sus semillas, y con repetidas instancias le dixo: Vuelvete, hijo, vuelvete luego á tu casa, porque te importa; y obligado de la fama de las predicciones de Fr. Bartolo, por las quales lo veneraban todos como á oráculo, se volvió á su casa, y despues publicaba, que si no lo hubiera hecho, hubiera perdido todas sus semillas en un voraz incendio que sucedió de improviso. Otros muchos casos se referen como profecias, que necesitaban prolixa averiguacion para calificarlas de verdaderas. No la necesita para darse por adulterina, la que le atribuyen de una mina ó tesoro riquísimo, que está escondido en Bernal, y sobre el que andan algunos papeles que contienen las señales que se han de observar para descubrirlo: y como en él se imponen muchas obras pias, sin mas fundamento, han creído ser de Fr. Bartolo, y con notable ligereza se han empeñado algunos en hallarlo; y lo cierto ha sido que ellos han gastado su dinero, y hasta hoy no se ha visto el tesoro, que ha sido un reato bien merecido; pues debian reflexar que los Siervos de Dios solo buscan el tesoro escondido en el campo, al que segun la parábola del Evangelio es semejante el Reyno de los Cielos, porque en él hallan el abandono de las riquezas del mundo, para enriquecer sus almas con el tesoro infinito de la Pasion y Muerte de Jesu-christo.

En esta fe andaba siempre Fr. Bartolo cargado de cruces, porque del volcan de amor que ardia en su pecho, nacian los rayos con que calentaba á los que lo trataban, no siendo otra la materia mas frecuente de sus meditaciones, el asunto principal de sus discursos, ni el fin á que dirigia sus pláticas espirituales, que el que todos gozaran de ese precioso tesoro, y que subieran continuamente al Calvario, enseñándoles el camino, para que encendidos los corazones en el amor de tan sagrado como doloroso objeto, detestaran las codicias del mundo, y concupiscencias de los vicios, y quedaran sus almas enriquecidas con este azecito de mirra, para no gustar mas de las mundanas delicias.

Nacia esta caridad que tenia á sus próximos, de la que ardia en su alma para con Dios, pues ambas son un mismo amor dividido en dos afectos, y con el mismo que amaba las almas, hacia quanto podia para beneficiar tambien á sus cuerpos. No solo empleaba sus fuerzas en la obediencia, para solicitar por el amor de Dios las limosnas necesarias para el Colegio; sino que por el mismo amor las fatigaba, para el socorro de los dos Beaterios de San Juan del Rio, y del de Querétaro, y con este auxilio eran menores sus indigencias: por los caminos les daba á los pobres necesitados, quando no tenia otra cosa, hasta el alimento que habia de tomar él mismo, y era de suma congoja á su espíritu no tener que darle al que encontraba affligido.

Mayor eficacia ponía quando en los Ranchos encontraba enfermos, porque considerando el peligro en que podian estar sus almas, los animaba con dulcísimas palabras á la es-

peranza de la divina misericordia, y si era necesario los instruía para que se confesaran, les hacia muchos actos de Fe, Esperanza y Caridad, proponiéndoles el tener una contrición verdadera. Habia estudiado para Cirujano antes de ser Religioso, y de esta práctica se valia para curar á muchos, y para otros ordenaba los mas oportunos remedios; y concurriendo muchas veces con su caridad la divina Providencia, no fueron pocas las curaciones que en casos desesperados se tuvieron por milagrosas.

Por toda la carrera de sus limosnas pasaba Fr. Bartolomé beneficiando á todos con su doctrina y exemplos, pero en la Poblacion de Bernal, era oido y venerado con positivo aprecio, nacido de la claridad y energía de las palabras, y de la eficacia de los afectos con que les hablaba de las cosas mas divinas; y como sabian que era un hombre sencillo y sin letras, se persuadian á que Dios les hablaba por su boca. Pero era la materia de sus pláticas casi siempre las finezas de un Dios hecho Hombre para morir crucificado por el hombre, y ponderar esa Muerte y Pasion, en cuya meditacion recibia su alma luz, consuelo y aprovechamiento; y como esta es la ciencia de los Santos, y siempre estudiaba en ese libro de la vida, necesariamente habia de salir erudito en la escuela de la oracion, y práctico en la sabiduría de la Cruz, para enseñar á otros á aprender con la mayor atencion sus lecciones, asegurándoles hallarian en ellas la instruccion mas sólida y la direccion mas segura para alcanzar la divina gracia y caminar seguros á la Gloria. Con estas máximas doctrinas, logró conversiones de pecadores muy raras, y le dió al Señor muchas almas, diri-

giendo con sus consejos muchas familias que han sabido conservarlos, y hasta estos tiempos las han hecho distinguirse de las que siguen el torrente comun que pervierte las buenas costumbres.

Constante siempre en su edificativa religiosidad y cumplimiento de su estrecho Instituto, llenó Fr. Bartolo el término de su destierro, cayendo gravemente enfermo, y recogido todo al interior de su alma, conoció la cercanía de su muerte, y con fervorosa devocion pidió al Prelado le

administrase los Santos Sacramentos, que recibió no sin ternura de la Comunidad, que veía acabar su exemplar carrera á un Hermano que edificaba al Mundo con su inocente vida; y resignado en la divina voluntad, murió en el Colegio á los cincuenta y dos años de su edad y casi veinte y quatro en el trabajo de Limosnero del campo, sin haberse distraido en los devaneos del Mundo, porque siempre andaba en el temor santo de Dios y la modestia que pudiera tener en el Convento.

CAPÍTULO XXX.

Vida y Virtudes del Hermano Gonzalo Juan de Pereyra, Donado del Colegio de la Santa Cruz.

EL Hermano Gonzalo Juan de Pereyra fue natural de una Isla de las Canarias, y habiendo pasado al Reyno de Guatemala, no hay noticia alguna que la dé de su vida y lances de fortuna, ni ménos del modo como logró la feliz de acompañar en sus Misiones Apostólicas á los Venerables Padres Fr. Melchor Lopez y Fr. Antonio Margil de Jesus. Pero es evidente que no serian vulgares las pruebas de su desengaño y abandono del Mundo, quando unos Varones de tan calificadas virtudes, que eran venerados como Apóstoles, le admitieron en su compañía, y le concedieron el hábito descubierta de la Tercera Orden, en uso de la facultad Apostólica que para ello tenian, pues á la integridad y perspicacia de su zelo no se podia ocultar el que muchas veces el hábito de Penitencia se ha tomado para lograr á su sombra é hipócrita apariencia, las mas depravadas intenciones;

Uu

pero tambien sabian que el que desea acertar con el sumo Bien, siempre lo tiene á la vista, y encamina todas sus acciones á él, gobernadas por superiores motivos.

Estos nobles respetos eran el único móvil de todas las del Hermano Gonzalo, y por ellos servia ya en la madura edad de quarenta años como el mas pobre Page y humilde Criado: acompañaba á aquellos ínclitos Héros de Jesuchristo, sin temer los continuos trabajos de andar á pie tan ásperos y largos caminos, pues hubo vez que llegando los tres á la orilla de una profunda barranca que impedía el paso para la jornada, no se hallaba modo de transitar á la opuesta, y buscando alguna vereda, la encontró algo distante, y quando él salió de su profundidad muy molestando, halló que los Padres estaban esperándole, sin ser dable que pudieran haber pasado por otra senda, pues le constaba que no la habia, por lo

que se certificó que había sido aquel un vuelo milagroso, y humillado dentro de sí mismo, adoraba la soberana Providencia que favorecía á sus Siervos y á él le franqueaba los trabajos, para acrisolar su espíritu con la mortificación y penitencia á que le había llamado, haciendo mérito en tolerarlos, sin otro motivo ni interés que el de hacer su voluntad santísima.

A este mismo fin dirigía las crueles hambres, calores, lluvias y rios en que muchas veces se veía atascado y mojado, sin tener con que remudar su pobre saco: á él mismo admitaba la intrepidez con que ni temía la cólera de los Bárbaros enfurecidos, ni á las fieras de aquellas montañas, ni aun á los mismos Demonios, porque solo dominaban en su corazón el temor y amor de Dios, que nunca le dexaron destituido de los soberanos auxilios con que gobierna á los que sólidamente le aman y con pura intención enderezan todas sus acciones á su mayor honra y gloria y al bien de las almas. Ese mismo amor y temor filial le eran un noble incentivo para anhelar á que toda su vida fuese una oracion perpetua y contemplacion continua, pues no solo oraba con sus afectos y palabras, sino tambien con sus penosas obras, porque las formaba todas en la voluntad divina, y no perdiendo de vista la divina presencia, andaba siempre en una oracion fervorosa y en una indecible serenidad de conciencia y consuelo de su alma.

Buscando esta tranquilidad de espíritu, que desde el principio de su vocacion habia sentido en la direccion de su Padre espiritual el V. P. Fr. Antonio Margil, en el mismo año de mil seiscientos noventa y siete que la obediencia le hizo venir á ser Guar-

dian del Colegio emprendió el Hermano Gonzalo su viage para Querétaro, saliendo de Guatemala solo, á pie descalzo, y sin mas equipage para tan largo y desproveído camino que el de la Providencia del Altísimo, en cuya proteccion fiaba todo su alimento y socorro; pero no queria el Señor que confiase de otro su espiritual consuelo, ni esperase otro que el que podia venirle de su mano, y así dispuso que á poco tiempo de llegado al Colegio, su mismo Padre espiritual y Prelado, decretara con el Discretorio, que atendiendo al buen exemplo que dió acompañando á los Padres Misioneros en Guatemala, y al que daba en el Colegio, se le diera el hábito de Donado, por ser utilidad del Colegio el que fuera á España y á Roma acompañando al R. P. Fr. Francisco Estevez que iba de Procurador con varios negocios.

Recibió Gonzalo esta obediencia con la resignacion y prontitud de ánimo que pudiera si hubiera hecho voto de ella, y al mismo tiempo todos los bienes que deseaba su alma, pues siendo de provida manifiesta la religiosidad y zelo del V. P. Estevez, no pudo carecer su espíritu del consuelo que buscaba, y variando solo de Piloto, no ménos ilustrado que el que hasta entónces le habia dirigido, y en cuya alma reverberaban los rayos de la verdadera sabiduria, siguió el curso de su espiritual navegacion, sin atender á otro influxo que al del inmóvil Astro que moderaba sus interiores impulsos, y al que los enderezaba por el rumbo mas cierto al Puerto mas seguro. Era la brújula de su alma una humildad ingenua que siempre le guiaba á la posesion de todas las demas virtudes, pues reverenciaba al Padre con rendimientos de Criado,

y le obedecia y servia con el mayor respeto.

Con esta misma mira observaba una pobreza evangélica y una castidad que influia con su buen exemplo y modestia: por eso en calidad de Criado iba en el navio, sufriendo con silencio sus indecibles incomodidades, y en tierra no se avergonzaba de ser tratado como un asalareado, que no saca de su trabajo mas que el necesario alimento: con este abatido modo y agradable estilo acompañó al V. P. Estevez en todos sus pasos, que fueron largos y penosos, así para promover sus negocios en España, como para coleccionar la Mision que envió á Indias, y pasar despues á Roma: entró en ella con gran júbilo de su alma, y con igual fervor hizo las diligencias para ganar los inestimables tesoros de gracias que se le franquean á los Catolicos en aquella santa Curia.

Vuelto á España, le acometió un grave accidente que el vulgo llama ayre, y en sus efectos fue una hemiplexia que le causó alguna privacion ó inmovilidad de los sentidos exteriores, y no sin turbacion de los interiores; aunque no capaz de privarle el uso cabal de la razon. Con este nuevo caudal de merecimientos, no descaeció el intrépido ánimo de Gonzalo para llevar de muy buena gana las incomodidades del navio, ni desflaqueó su espíritu para proseguir á pie sus caminos, sirviendo á su V. Padre y Compañero con la humildad de un pobre Donado, y al Colegio como el mas rendido de sus Súbditos. Duró este dilatado viage casi cinco años, y como pasaban ya los cincuenta de su edad, no pudo restablecer su antigua robustez, y llegó al Colegio sumamente aquejado con las repeticiones del accidente, que no pudiéndose cu-

rar con método, habian hecho habitual sus gravosos trabajos.

Correspondiente á ellos era el que solicitara su alivio en la caridad con que en el Seminario se atiende y se sirve á los enfermos en un todo de alimentos y medicinas, sin distincion de estados ni de personas; pero era humilde de corazón, y sentia tan baxamente de sí mismo, que se reputaba indigno de que nadie le estimase y de que ninguno le sirviese, y así lo dilataba en el padecer, gozando su alma de una paz inalterable en las tribulaciones mas fuertes, y sacrificado al amor y servicio del Señor, como si empezara de nuevo, en todos los quinientos años que le duró la vida. Tuvo un espíritu tan pronto á la obediencia, que no discurría en los mandatos, porque veneraba á Dios en los Prelados; y si alcanzaba á conocer su voluntad, era exactísimo en cumplirla.

Mortificaba sus debilitados miembros con una abstinencia tan rígida, que nunca se desayunaba, y si el Enfermero le obligaba algunas veces á tomar algun alimento, condesseñía rara vez, tomando unas soppas de pan y ninguna de chocolate, porque siendo de su gusto, se lo tenia al Señor ofrecido. Solo en los alimentos del alma era sumamente diligente, y siendo la oracion el mas necesario para su espiritual subsistencia, practicaba la doctrina del celestial Maestro, de que en todo tiempo se debe orar, y sin intermision se ocupaba en este santo exercicio. Era de edificativo exemplo ver á aquel humilde y enfermo Donado asistir cargado de trabajos, años y dolorosos accidentes á la media noche á Maytines, y seguir todos los demas actos del Coro y de la Comunidad como si tuviera una salud robusta, y era porque como en todas

sus obras ponía al Señor por único fin de ellas, y le tenía siempre presente, el deseo de unirse con su Magestad con íntimo amor, no le permitía omitir diligencia alguna para conseguirlo por todos los medios posibles.

De los que se valía como mas eficaces, era el principal el gastar las horas que le sobraban de las asistencias de Comunidad, y muy pocas de sueño, en las santas meditaciones de la Pasión y Muerte de nuestro Redentor Jesuchristo, andando con tierno afecto y puesto en cruz, los dolorosos y afrentosos pasos con que su Magestad subió al Calvario, y crucificó lo dió su vida por la Redencion del Mundo. Veneraba y adoraba este sangriento sacrificio en el incremento que se representa en el Augustísimo Sacramento del Altar, y frecuentaba la sagrada Comunión con especial devoción y ternura, recibéndole con la preparacion que si fuera Viático para partir de esta vida. Era tambien extraordinaria la devoción con que reverenciaba á Maria Santísima, rezando todos los dias su Corona, y venerándola como á su especial Abogada. Tambien se valía de otros muchos Santos para alcanzar del Señor sus divinos auxilios, y con especialidad, de N. S. P. San Francisco, de quien siempre anheló á ser su verdadero Hijo: con este deseo, aunque nunca profesó guardar su primera regla, era admiracion de todos ver la estrechísima observancia con que la guardaba, pero especialmente su evangélica pobreza, siendo tan extremosa, que nunca tuvo cosa alguna de su uso, ni aun aquellas alhajitas triviales que les

son á los Religiosos casi necesarias: su hábito y sandalias estaban tan del gusto de su Seráfico Padre, que á mas de ser el deseño de otros, estaban cargados de remiendos sobre remiendos.

Con estos muros tenía el Hermano Gonzalo tan cerradas las puertas de sus potencias y sentidos á todo lo del Mundo para que el comun enemigo no pudiera introducir en su alma sus astutas é inmundas sugestiones, con lo que era un espejo que no demostraba en su fondo sino imágenes de la pureza, y en que solo se descubría la bella flor de la castidad y hermosa rosa de la pudicicia, cercada de fuertes espinas de mortificación y penitencia, por lo que en todas sus acciones, palabras y sentimientos era exemplar de la disciplina que debe formar á un Religioso, de cuyo estado nunca se juzgó digno, y siempre vivió muy alegre en el de un pobre y humilde Donado.

En él le asaltó la última enfermedad, en la que fortalecido con los santos Sacramentos, y con una paz interior que le facilitaba los actos de Fe, Esperanza y caridad murió, llevando los sesenta y seis años de su vida, de los que sirvió á Dios y al Colegio de Tercero y de Donado veinte y seis, con universal aprobacion de los Religiosos y exemplo de los Seculares, de que fueron pruebas los elogios con que todos honraban su memoria, y la distinguida sepultura que le dieron á sus cenizas, habiendo fallecido el mes de Abril de mil setecientos y quince años en este Colegio de la Santa Cruz de Querétaro.

LIBRO TERCERO.

Progresos de las Misiones de Infieles.

CAPITULO PRIMERO.

Fundacion de las Misiones de San Francisco Xavier en la Provincia de Texas.

SOBRE los breves rasgos que el R. P. Espinosa dexó tirados en la gran tabla de la Provincia de Texas, indicando las providencias que se solicitaban para la ereccion de nuevas Misiones en el río de San Xavier, debe delinearse la base de su Historia, pues en ellas estrivaron todas sus lineas, y de donde dimanaron tan opacos claros, que si representan los objetos, pero no con la brillantez que es propia de sus figuras, por lo que es preciso definir con sombras sus contornos, para sacarlas del bosquejo á su última mano, y del modo que la obscuridad de las tinieblas contribuye para representar el resplandor de las luces: de suerte, que habiendo sido demasiada la tinta que se derramó sobre esta misma plana para denigrar la zelosa actividad de los Misioneros, y confeccionada de fastidiosos humos para obscurecer su religiosa conducta, le es preciso á la pluma el mas delicado tiento para no tomar de ella sino la muy necesaria para descifrar el con-

cepto legítimo de la verdad, y que resalte su cabal idea, sin permitir licencias al capricho ni fantasias á la pasion.

Siempre fue en los Misioneros una de las penosas tareas que se impusieron desde el principio como obligacion de su ministerio, el viajar en qualquiera tiempo por los montes, rios y costas de aquella tierra en que moran los Gentiles, ó para atraerles con dádivas y persuasiones al conocimiento de Dios, agregándoles á las Misiones, ó para buscar á los que acordándose de la libertad gentílica se refugiaban á ellas, huyendo de la Doctrina Christiana, aunque sea á costa de grandes esfuerzos, trabajos y peligros, porque si no, es necesario que como errantes ovejas perezcan y eternamente se pierdan. Con estos fines se encuentran Rancherías de Bárbaros que se ocultan en aquellas breñas, y mas en el rigor del Invierno, en que buscan su abrigo y estan destituidos de los socorros del campo. Frequentando estas apostólicas correrías el P. Fr. Mariano Francisco de los Dolores